

LA IMAGEN DEL PODER. UN ACERCAMIENTO A LAS PRÁCTICAS DE VISUALIZACIÓN DEL PODER EN LA ESPAÑA MODERNA

Enrique Soria Mesa
Universidad de Córdoba

Resumen: El disfrute del poder por parte las élites hispanas durante la época Moderna, conllevó la asunción de toda una serie de prácticas culturales que buscaban imitar los hábitos y las pautas de comportamiento propias de la nobleza. En ese sentido, la utilización de la imagen como demostración de poder poseía una gran capacidad de disuasión sobre el resto de la comunidad, convirtiéndose en una herramienta de dominación. Obras de arte (palacios, escudos heráldicos, pinturas, esculturas), innumerables elementos de la cultura material (vajillas, vestidos, mobiliario) o la tratadística genealógica cobran aquí un nuevo significado. El estudio de estas prácticas nos permitirá conocer no sólo los hábitos de los grupos dirigentes hispanos, sino también el proceso de ascenso social protagonizado por importante numero de familias que adoptaron esta estrategia visual.

Palabras clave: Ascenso social, imagen del poder, élites locales, nobleza.

THE IMAGE OF POWER. AN APPROACH TO THE METHODS OF DISPLAY OF POWER IN (EARLY) MODERN SPAIN

Abstract: The Hispanic elite's enjoyment of power during the modern age, led to the assumption of a whole series of cultural practices which seeked imitating the nobility's habits and behaving patterns. In that sense, the utilization of imagery as a demonstration of power had a great capacity of dissuasion on the rest of the community, turning into a tool for dominance. Works of art (palaces, heraldic shields, paintings, sculptures), uncountable elements of material culture (clothing, crockery, furniture) or the genealogical treatises get a new meaning on this subject. The study of these practices and skills will allow us to know, not only the habits of diferent groups of hispanic dirigents, but also the social ascension process, headed by an important number of families that adopted this visual strategy.

Key words: Social ascension, image of power, local elite, Nobility.

LA IMAGEN DEL PODER. UN ACERCAMIENTO A LAS PRÁCTICAS DE VISUALIZACIÓN DEL PODER EN LA ESPAÑA MODERNA¹

Enrique Soria Mesa
Universidad de Córdoba

El poder, al menos en la Época Moderna, para ser tal ha de visualizarse, pregonarse, mostrarse. No se concibe el poder en la sombra, al menos como práctica cotidiana y normalizada. Una persona, una familia o un grupo son poderosos, y se jactan de ello, lo llevan a gala, se presume. Entendamos aquí poder en su más amplio significado, incluyendo no sólo influencia y capacidad de maniobra política a nivel local o nacional, sino también el que otorga el prestigio inherente a la condición nobiliaria de un individuo o un linaje.

Las ejecutorias de hidalguía no se guardan en los arcones o se almacenan en los anaqueles y bufetes junto a otros documentos de carácter económico o administrativo. Muy al contrario, se muestran sistemáticamente a los parientes, a los amigos, a los vecinos e incluso a los simples conocidos. De sus páginas, sobre todo si hablamos de una costosa reproducción miniada, no sólo se desprende belleza y orgullo, sino una cadena más o menos real de antepasados, cuyos nombres y apellidos memorizan los ávidos lectores, información que luego reproducirán de forma bastante fiel en las oportunas probanzas de nobleza y limpieza de sangre.

Los escudos de armas, evidentemente, están hechos para ser vistos por los demás. La labor ajustada a la realidad o fantasiosa del cantero se contempla desde lejos por los viandantes cuando miran la fachada de tal o cual mansión, pero también pueblan las capillas funerarias y los retablos de las iglesias en parroquias, conventos y monasterios, las sillas de mano y los coches... Armerías que se bordan en la librea de los criados y esclavos, que sirven de ex libris en la biblioteca particular o, a ser posible, encabezan una obra literaria de la que se ha sido mecenas. Y sobre ellos se come, a veces, cuando se sirven los manjares en plata labrada. Fuentes, platos y candelabros que las más de las veces adornan estancias, expuestas ornamentalmente en armarios y vitrinas. Castillos, leones rampantes, flores de lis, estrellas y fajas que tienen un significado, un lenguaje casi perdido hoy en día pero que entonces, fuese o no inteligible para todos, indicaba a las claras algo, en esencia el poder y la respetabilidad de una estirpe.

Todo lo demás sigue parecidos estándares. Las casas se van convirtiendo en mansiones, pasando de

¹ Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación *La Imagen del Poder. Prácticas sociales y representaciones culturales de las élites andaluzas en la Edad Moderna* (HUM2006-12653-C04/HIST), financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia.

moradas relativamente grandes a palacios descomunales, siempre que el dinero siga fluyendo. La residencia nobiliaria, a su vez, se traslada de su primitiva ubicación, a veces excéntrica, y tiende a agruparse en los ejes viarios, sobre todo en los centros ceremoniales urbanos. Plazas y calles ensanchadas en las que, además de una mejor calidad de vida, luzcan más las flamantes fachadas.

Las capillas funerarias son también un renovado objeto de deseo. Desde luego, no sólo por cumplir con una función básica en una sociedad como la moderna, centrada en una particular especie de *culto a los antepasados*. También se trata de un elemento más de ostentación, una pieza más de este mosaico completo que llamamos la imagen del poder. El espacio físico comprado a una parroquia o a un convento se decora con primor, pues va a ser parcialmente público, al pasar por su frontal decenas o cientos de personas en cada celebración religiosa. Hermosas rejerías, con sus correspondientes escudos de armas; estatuas de bulto representando a los antepasados; letreros e inscripciones relativas a los allí sepultados, que glosan sus hazañas o, de no haberlas, sus cargos y dignidades. Es la respetabilidad que el dinero gana para los muertos.

El interior de las moradas sirve también como ejemplo de lo dicho. Las diversas dependencias de las residencias de los nobles y de los oligarcas urbanos manifiestan el poder familiar de muy diversas maneras. Los oratorios privados, que requieren licencia especial, permiten celebrar misa de forma íntima, a la que en muchas ocasiones, claro está, se invita a tantos extraños como sea posible; hay que lucir al capellán de la Casa, así como al resto de los ornamentos litúrgicos. Y si en las paredes aparece colgado el retrato de algún antepasado que desempeñó altas funciones en el clero, fue mártir o beato, no digamos ya santo, mejor que mejor.

Los cuadros mismos, no podía ser de otra forma, son símbolos de estatus que se encargan, se compran, se heredan o se coleccionan. Aparte de la belleza de sus pinceladas, su precio es lo que marca la diferencia con los hogares que poseen, como mucho, simples estampas o grabados. Como en tantas otras ocasiones, el goce estético reside más en el marco que en la tela. Pero si a las adquisiciones más o menos recientes de pinturas se une una buena galería de retratos familiares, donde se concentran numerosos antepasados, el éxito del programa ideológico es muy superior.

Los libros también nos sirven como instrumento al servicio de la imagen del poder. No hace falta que se lean, en muchas ocasiones basta con colocarlos en las estanterías. Y a ser posible, claro, que un autor se los dedique. A falta de mecenazgo, en la España Moderna abundó el patronazgo literario en cierto modo como forma de obtener el reconocimiento social. Seguramente al duque de Béjar le importaría bien poco que un casi desconocido Miguel de Cervantes le dedicara la primera parte del Quijote, pero seguro que a un regidor de cualquier urbe castellana de los siglos XVI y XVII le vino de perlas que su nombre, su escudo de armas e incluso su genealogía aparecieran al frente de una historia de su propia localidad.

Los criados y los esclavos también son indicadores muy llamativos del estatus alcanzado por una familia. Un número abultado, a veces grotescamente hipertrofiado, de servidores venía a ser la plasmación visual de la riqueza de un colectivo. Por ello se multiplican ad infinitum, y debido a esta particular versión de la inflación de honores la Grandeza de España no pudo sino responder manteniendo trenes enormes —y ruinosos— de lacayos, ayudas de cámara, mayordomos, caballeros, damas de honor e incluso gentileshombres con los que llenar no sólo el habitual palacio en la Corte, sino las residencias provinciales en las cabeceras de sus diversos estados señoriales.

La ropa también desempeñó un importante papel en este juego de aparentes vanidades. Vestidos de lujo y gran belleza, recamados de oro y joyas, perlas y piedras preciosas, traídos a ser posible de los más refinados productores extranjeros. Carísimos trajes ceremoniales y de diario que llegan a conseguir que un simple regidor de un pueblo tenga que invertir en su atuendo el equivalente de muchos marjales de fértil tierra de

vega. Inversión aparentemente improductiva, que en realidad encerraba un claro diseño estratégico. No se compraba ropa, se adquiría estatus.

Imagen del poder, imágenes que dan poder. Una manera de marcar la diferencia con el resto de la población, la no privilegiada, que queda al margen por lo general de todo este tipo de prácticas, alejadas de su cotidianeidad, y que por ello mismo servía para indicar la posición *natural* de cada grupo, preservando el orden ideal que había creado Dios y consagrado la sociedad. Sin embargo, como es bien fácil de observar, todos los signos de respetabilidad que he venido mencionando se pueden conseguir con dinero, se pueden comprar y no son, necesariamente, hereditarios o reservados a una *casta* aislada.

Lo interesante del hecho, precisamente, radica en que el Estado y las clases dirigentes de la España Moderna supieron mantenerse en sus respectivas posiciones, reforzándolas incluso, gracias a una sutil estrategia, consentida o alentada esa es otra cuestión, que permitió que los grupos más ricos de la sociedad pudieran ingresar paulatinamente en la nobleza de sangre, haciendo olvidar paralelamente su auténtica procedencia. El dinero y el servicio regio posibilitaron el ascenso social, y una serie de artefactos culturales lograron el milagro de ocultar la progresión.

El esquema ideológico, la irreal sociedad de los Tres Órdenes, se conservaba aparentemente incólume y la relación de fuerzas entre oprimidos y opresores no sólo se mantenía sino que se reforzaba día a día con la descapitalización de la posible oposición y la incorporación al universo dominante de los advenedizos más poderosos, ricos y ambiciosos.

Para lograr esto, el ascenso social se iba ocultando con la progresiva consecución de flamantes símbolos de estatus. Se asumían una a una las pautas de conducta del grupo superior, adquiriéndose la ansiada y necesaria pátina de nobleza. Se encargaban los escudos de armas, aprovechando la ausencia de normativa legal que lo prohibiera; se compraban testigos, falsificaban documentos y sobornaban jueces, para conseguir una ejecutoria de hidalguía; se pagaba a un genealogista o un Rey de Armas para que certificase los blasones correspondientes a una ascendencia tal falsa como ilustre. Se asumía en todo una identidad falsa, así individual como colectiva.

Y en este terreno, no podemos olvidar la usurpación de la identidad ajena. No sólo porque se ostentasen partículas distintivas como el *don* cuando no correspondía, que fue por cierto una práctica frecuentísima, sino por la bastante habitual estrategia de tomar apellidos que no correspondían en verdad al acervo familiar. Cambiando Córdoba por Fernández de Córdoba, Ramírez por Ramírez de Arellano, y Toledo por Álvarez de Toledo, oligarcas de origen hebraico, los más en este ámbito, trocaban condenados por la Inquisición por hijos segundones de viejas Casas aristocráticas. Sólo hacía falta que pasara un poco de tiempo para que la falsedad se convirtiese en verdad.

Éste es el contexto en el que se inscribe el Proyecto de Investigación *La Imagen del Poder. Prácticas sociales y representaciones culturales de las élites andaluzas en la Edad Moderna* (HUM2006-12653-C04/HIST), que coordiné yo mismo, compuesto por dos subproyectos distintos, uno con sede en la Universidad de Málaga, cuyo investigador principal fue el Dr. Juan Jesús Bravo Caro, y otro en la de Córdoba, del que fui igualmente investigador principal. Formaron parte del mismo una veintena de investigadores procedentes no sólo de esas dos Universidades, sino también de la UNED y de Extremadura².

No es sitio éste el de tratar de su desarrollo y evolución, pero sí conviene mencionar que en su seno se

2 Los miembros del subproyecto cordobés son: Dr. Enrique Soria Mesa, investigador principal (Historia Moderna, Córdoba); Drs. Antonio Urquizar Herrera y Consuelo Gómez López (Historia del Arte, UNED); Dr. Raúl Molina Recio (Historia Económica, Extremadura); D. Santiago Otero Mondéjar, D. Antonio J. Díaz Rodríguez y D^a Irene Ruiz Canales (Becarios de Investigación, Historia Moderna, Córdoba).

celebró, entre los días 22 y 24 de abril de 2009, el Seminario Internacional *La Imagen del Poder*, una reunión científica entre especialistas del mayor nivel nacional e internacional, con los cuales tuvimos la inmensa fortuna de poder compartir nuestros avances en la investigación y contextualizar nuestros resultados e intuiciones. En el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras tuvo lugar un encuentro en el que intervinieron sucesivamente los profesores Nuno G. Monteiro, Pedro Cardim, Ofelia Rey Castelao, Fabrizio D'Avenia y Manuel Herrero Sánchez, además de distintos miembros del mencionado Proyecto.

De ese encuentro surge el contenido de este primer número de la revista *Historia y Genealogía*, que ahora el lector interesado tiene en sus manos. Una recopilación de artículos de muchos de los presentes, y de otros jóvenes modernistas vinculados a nuestro equipo de investigación, bien por trabajar desde antiguo en temas similares, bien por pertenecer a otros Proyectos de Investigación que en la actualidad tenemos en marcha³. Y siempre, por compartir una misma forma de entender el trabajo y la vida, coincidiendo todos, pese a nuestras lógicas diferencias, en que la Universidad puede y debe ser entendida como un templo del saber, sí, pero también como un espacio donde lo humano ocupa el mismo lugar que lo académico. O eso debería.

3 Así, nuestro buen amigo el Dr. Luis Salas Almela (EEHA, CSIC); los Drs. Rafael Pérez García y Manuel Fernández Chaves, profesores de Historia Moderna de la Universidad de Sevilla, ambos miembros del Proyecto de Excelencia *En los orígenes de la Andalucía Multicultural. Integración y rechazo de los moriscos (Reinos de Córdoba y Sevilla, siglos XVI y XVII)* (P07-HUM-2681), financiado por la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía (Duración: 1 de abril de 2008-31 de marzo de 2012), siendo además el Dr. Fernández Chaves integrante del nuevo Proyecto de Investigación que nos han concedido, *Los últimos moriscos. Pervivencias de la población de origen islámico en la Andalucía de los siglos XVII y XVIII* (HAR2009-07267), financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (Duración: 1 de enero de 2010-31 de diciembre de 2012); el Dr. Miguel Ángel Extremera Extremera, profesor de la Universidad Fatih (Estambul), cuya Tesis Doctoral dirigí y que forma parte de este último Proyecto; y finalmente D. Rafael Girón Pascual, Becario de Investigación de la Universidad de Granada, cuya Tesis Doctoral dirijo yo mismo.